



IMPEDIMENTA

MIGUEL CANE

PEQUEÑO DICCIONARIO DE CINEMA PARA MITÓMANOS AMATEURS

Prólogo de Daniel Krauze

Con hermosas ilustraciones de Ana Bustelo



PEQUEÑO DICCIONARIO DE CINEMA PARA MITÓMANOS AMATEURS

*Un altar portátil de la más
varia idolatría cinéfila*

Miguel Cane

Introducción de
Daniel Krauze

Con hermosas ilustraciones de
Ana Bustelo



IMPEDIMENTA

La Biblioteca del Pájaro Dodo 2013

*Para Audrey
(aunque no pueda leerlo)*

*Para Rafael y Juan Pablo
(que un día lo leerán)*

PREVIO AL RUGIR

Daniel Krauze

Abro pista con una confesión al lector: no conozco personalmente a Miguel Cane.

Nunca lo he visto, jamás he estrechado su mano, ni hemos compartido un café o una cerveza. Vaya, si me lo encontrara por la calle quizás no lo reconocería. No obstante, en la era de las redes sociales, como esta en que vivimos, tal vez no sea necesario toparse con alguien y verlo frente a frente para conocerlo. Después de todo, siempre he creído que sabe más de mí el que me lee que el que me escucha. Y, en ese sentido, puedo asegurar que tengo el privilegio de conocer a Miguel.

Desde hace algunos años nos seguimos a través de Twitter, donde hemos comparado puntos de vista, siempre de manera amigable y nutrida, sobre temas tan diversos como su aversión a Tom Cruise, el cine de Stanley Kubrick y nuestra mutua admiración por Ian McEwan y la adaptación al cine que hiciera Joe Wright de *Expiación*. El diálogo entre nosotros nunca ha cesado. Todas las semanas intercambiamos por lo menos un mensaje. Y, a pesar de que jamás nos hemos visto cara a cara, la familiaridad con la que nos tratamos jamás me ha parecido extraña o fuera de lugar. Dicho de otra manera, Miguel y yo somos tan amigos como uno puede serlo sin jamás haberse visto.

Como toda buena amistad, la nuestra se alimenta de gustos afines, opiniones diversas y, en mi caso, de admiración. No me sorprende que este libro sea un compendio, porque así es la sabiduría de su autor: *enciclopédica*. Lo mismo va para el amplísimo abanico de sus intereses. En un solo día, Miguel igual tuitea sobre poesía y sobre literatura mexicana, que sobre teatro y grandes actrices de antaño. Me da la impresión de que es un auténtico troglodita cultu-

ral, y las páginas siguientes dan fe de ese apetito, gravitando en torno a lo que es su mayor pasión: el cine.

Aquí están Errol Flynn y Jeanne Moreau; Liv Ullmann y John Cassavetes; Richard Burton y Marilyn Monroe. Este compendio de figuras ilustres abarca un cine sin el corsé de las fronteras. La única línea que vincula una entrada con otra es el cariño del autor por el tema y la importancia dentro del séptimo arte de los actores, actrices, directores y escritores que aquí aparecen. Sabemos el refrán que disuade a cualquiera que pretenda abarcar de más, pero yo exhorto al lector para que deje las preocupaciones en la caja registradora. La selección de este libro es variada, mas nunca arbitraria. La urdimbre intertextual está en la prosa de Miguel, quizás lo que mejor revela su carácter: lúdica sin olvidar el rigor de su oficio, digerible sin caer en atajos ni recursos fáciles. Me consta que el autor sabe escribir sobre otras artes, pero este es, como diríamos aquí en México, «su mero mole». Leerlo cuando escribe de cine, sea sobre Akira Kurosawa o Walt Disney, es siempre un deleite.

Hay libros enciclopédicos que no son más que un juguete. Todos los hemos visto alguna vez, decorando anaqueles de aeropuertos, secciones de los más vendidos en librerías y hasta tiendas de ropa para *hipsters*: ejemplares de edición lujosa que solo pretenden entretener, brincando de la A a la Z con el único propósito de hacernos perder el tiempo de manera amena, sin que tengamos que leerlos durante más que unos minutos.

A pesar de que este diccionario es, sin duda, algo divertido, claramente no es un juguete.

Es un mapa cinematográfico con una luz encendida en muchísimos países, con tantos de los protagonistas del séptimo arte como vale la pena rescatar o recordar. Léase pues, como una puerta de entrada a lo que llamamos *cinefilia* o como una invitación para desempolvar la filmoteca personal y volver a ver lo mejor de Ingmar Bergman o lo más sobresaliente de John Ford. No importa. La riqueza de este volumen está en su polivalencia.

Además, este diccionario es un viaje a través de las filias y fascinaciones de su autor, al que solo conozco a través de sus letras. Para mí ha sido un gran paseo a través de sus mitos. Y estoy seguro de que para el lector también será así.

DANIEL KRAUZE

PREFACIO

Sic transit Gloria Swanson

¿Qué —o bien, *quién*— es un mitómano?

Existen tantas acepciones para el término, que resulta más difícil de clasificar de lo que usted se imaginaría.

Según el honorable Diccionario de la Real Academia de la Lengua, es un adjetivo perteneciente, relativo o aplicable a la mitomanía, que es (acorde a la misma fuente) una «*tendencia morbosa a desfigurar, engrandeciéndola, la realidad de lo que se dice*» y también (más relevante para lo que nos ocupa) una «*tendencia a mitificar o a admirar exageradamente a personas o cosas*».

Habitualmente, en muchos lugares de habla hispana, mitómano tiene una connotación negativa —casi despreciativa— para referirse a una persona que *miente por sistema*. De hecho, algunos lo usan como insulto para agraviar a alguien que se alimenta de fantasías, ya sean leídas o vistas en la pantalla. Lo cual lleva a la siguiente acepción: *mitómano* como alguien que —más allá de transformar la realidad mediante el cultivo de su imaginario— siente adoración o fervorosa devoción por los personajes famosos, las películas memorables y los elementos que las componen: una frase, una localización, una presencia, un objeto de intriga, o bien, deseo.

Esta segunda acepción es algo más acorde con lo que usted y yo somos: *mitómanos*.

Comience por aceptar esta triste realidad y seguramente disfrutará de la lectura que sigue.

Y por favor, acérquese al espejo más cercano y repita después de mí ante su imagen reflejada: «Soy un mitómano». Notará la liberación al ver que tal cosa no es oprobio, sino que se trata de un privilegio.

Quisiera contarle, si me lo permite, una anécdota. En algún momento de 1981, poco antes de cumplir el de la voz siete años, mi abuelo Miguel —todos tenemos un tótem bueno en nuestra infancia que es al mismo tiempo mentor y cómplice; ese gentil hombre era el mío— me llevó una tarde al cine Bella Época, situado en la colonia Condesa, en la ciudad de México. Se trataba de uno de esos palacios cinematográficos que han dejado ya de existir, tragados por ese monstruo corporativo conocido como el *multiplex*, y cuyo local ahora alberga una librería (podría ser mucho peor, créame). En ese tiempo, el Bella Época exclusivamente se dedicaba a proyectar programas dobles de cintas «clásicas».

No recuerdo ya cuál fue la primera película (supongo que sería *Vacaciones en Roma*, pero no estoy seguro) del programa aquel día, pero nunca olvidaré la segunda: en pantalla, la Quinta Avenida de Nueva York (un Nueva York que, como es natural, ahora ya solo existe preservado en esa cinta) a temprana hora de la mañana. Una joven con vestido de fiesta negro, perlas ostentosas, gafas de sol enormes y peinado de peluquería intacto se acerca a los escaparates de Tiffany & Co. mientras mordisquea un trozo de pan y bebe chocolate a sorbos. Suena entonces el célebre tema de Henry Mancini sobre los créditos y yo, aún niño, caigo completamente enamorado de lo que veo. La imagen se tatúa en mi mente, indeleble, como cada fotograma de la cinta, que volverá a mí de manera casi orgánica a lo largo de más de treinta años, en manifestaciones de lo más diversas: como una manera de aproximar a otros al cine, como referencia ineludible de la cultura popular, incluso como el pretexto para enamorarse a primera vista de una escena que resulta imposible sacarse de la memoria conforme esta se alarga mientras nuestras vidas menguan irremediablemente.

Así es como uno se descubre *mitómano*.

Usted lo sabe, confiese, porque también le ha ocurrido, ¿no es verdad?

Ahora que usted se ha reconocido como parte de este selecto club de mitómanos, verá que este libro es más que un simple diccionario (si bien en el sentido más elemental del término, lo es) enciclopédico, onomástico y biográfico. Acaso tiende más a ser una suerte de *devocionario*, como aquellas compilaciones de vidas de santos que tan de moda estaban en el siglo XVI; en efecto, se trata de algo mucho más personal, es una especie de altar donde se adora a nuestros mitos más amados, a nuestros monstruos sagrados.

Y no me refiero solo a actores o directores; también hay referencias a lugares, personajes y cosas.

Pero antes de seguir, un *caveat emptor*, lector:

No espere, por favor, encontrar aquí la filmografía detallada o alguna anécdota de la vida de (Dios nos guarde) ese tal Tom Cruise antes de convertirse en alguien famoso. De hecho, a duras penas encontrará referencias aquí sobre ese *hombre*. ¿Por qué? ¡Pues porque ya se ha escrito demasiado sobre él! ¡Y sobre James Dean! ¡Y sobre Bogart! (hay tanto publicado en otros libros acerca de él, que no hace falta que hablemos de *Bogie*, aunque sí de él con Lauren Bacall, que irradia *sex appeal* en estas páginas). ¡Y Angelina Jolie! ¡Y Marilyn Monroe! (aunque ya saben lo que se suele decir: que sobre Marilyn nunca se habrá escrito lo suficiente). Muchos de ellos han sido tan *manoseados* (por ponerlo de alguna manera) que pierden, cada vez que ocurre, esa pátina, ese *mystique* tan particular que hace a un monstruo sagrado lo que es, convirtiéndose más bien en *clichés*.

Pero tomemos otros ejemplos que, aunque el público no recuerde de primera mano, usted como indudable cinéfilo y mitómano identificará en seguida: ¿qué hace un mito a Jeanne Moreau? ¿Su aire altanero y definitivamente sensual en las películas que hizo para Malle —*Ascensor para el caldoso*, *Los Amantes*— o Truffaut —*Jules et Jim*, *La novia vestía de negro*? ¿Su boca de labios carnosos y permanente fruncido? ¿Su lacónica mirada? ¿Su frescura tan singular

al cantar *Le tourbillon*? ¿Todo esto en conjunto o hay algo más? Y así muchos otros elementos: la chica de la antorcha y el león de la Metro, la intensidad atormentada de Montgomery Clift, las piernas interminables y la risa contagiosa de Paula Prentiss, el sufrimiento en los divinos ojos de Natalie Wood, el socarrón cinismo de Michael Caine, las perversiones públicas y virtudes domésticas de Alfred Hitchcock, las múltiples fobias y el enfático romanticismo de Woody Allen.

La adoración del mitómano se manifiesta en las cosas más disímbolas: el esbelto cuello de Audrey Hepburn; la manera de fumar de Charlotte Rampling, los modales exquisitos de Deborah Kerr; el deseo de emborracharse con John Huston o de enjugar las conmovedoras lágrimas de Liv Ullmann, quizás de hallar refugio en uno de los consoladores abrazos de Meryl Streep.

Aún más allá, hay otros ejemplos: el desencanto glamuroso con abrigo de piel de leopardo de Mrs. Robinson, los largos corredores del palaciego e inexplicable hotel en Marienbad; el insólito esplendor en las mugrientas ruinas de Grey Gardens; la monocorde voz de HAL 9000, ver cómo un gorila colosal se desploma desde las alturas mientras Fay Wray —como harán en otros tiempos Jessica Lange y Naomi Watts— se desbarata en llanto ante la tragedia que involuntariamente ha provocado.

Sé que usted, como buen cinéfilo, conoce todo esto de lo que le hablo, ¿a que sí?

Ha sentido cómo se le eriza la piel mientras una esmeradamente grotesca Bette Davis sirve una bandeja cubierta a esa mártir que encarna Joan Crawford, prisionera en su sillita de ruedas. Ha sentido el impulso de gritar «¡No! ¡No levantes la tapa, Blanche!» pero es demasiado tarde y la maldita lisiada grita, horrorizada, mientras Baby Jane ríe con nefastas carcajadas. Usted ha sentido la misma angustia oprimiéndole las entrañas cuando, pálida y temblorosa, una casi virginal Mia Farrow (con aquel corte de pelo tan emblemático y muy *in*) se acerca lentamente a una siniestra cu-

na negra, rodeada de brujos neoyorquinos, para conocer a su infernal primogénito, o ha sentido el impacto que provoca una oleada de coraje en las venas cuando Scarlett O'Hara, acuñada en la volátil Vivien Leigh, levanta un puño de la tierra roja *technicolor* de Tara y jura que no volverá a pasar hambre; también el gozo irresistible que da una voltereta en el corazón al ver cómo *Fräulein* María —ese portento de luz cálida y sonido hermoso más conocido para algunas generaciones como Julie Andrews— se pasea alegremente por Salzburgo acompañada por una feliz *troupe* de prepúberes que andan por ahí ataviados con los restos de un juego de cortinas de Damasco. Todo eso y más, sabemos que le suscita una reacción emotiva.

Eso, ya lo sabe ahora, justamente eso es la mitomanía, la cinefilia, el amor que sentimos por lo reflejado en pantalla.

Si usted en algún momento ha intercalado en su argot personal durante cualquier conversación frases como «Una oferta que no podrá rechazar», «Francamente, querida, me importa un bledo», «Abróchense los cinturones, esta noche va a haber tormenta», «De todos los antros de este mundo tenía que entrar en el mío», «¡El horror, el horror!», «¿Qué le habéis hecho a sus ojos, malditos?», o «¿Estás hablándome a mí?», definitivamente es usted un *mitómano*. Lo mismo puede deducirse si conoce la diferencia entre Marlene Dietrich y Greta Garbo; si sabe cuántas veces y con quién estuvo casada Elizabeth Taylor. Si sabe qué cámaras prefería John Ford, qué demonios era *Rosebud* y lo que significa; si recuerda cómo empieza, en un angustioso segmento onírico, el *8 1/2* de Fellini.

Los cinéfilos, así como los múltiples narradores invisibles del estremecedor cuento *Queremos tanto a Glenda* de Cortázar —el mismo que al publicarse ciertamente debió dar pesadillas a Glenda Jackson, ¿quién la culparía por cambiar de tercio y abandonar los platós por la política?—, somos muchos y estamos, literalmente, en todas partes.

Somos del mismo modo, hermandad y legión secreta. Tal vez nos reconozcamos en la fila para comprar entradas, tal

vez contrabandeamos los clásicos resucitados en DVD o, más recientemente, en esta era de la alta definición y el 3D, en BluRay.

Usted, mitómano, *mon frère, mon semblable*, también está todavía enamorado ¿a que sí? de Julie Christie (o de Warren Beatty, ¿por qué no?). Mientras existan uno, o dos, o tres, que mantengan vivos en su memoria los nombres y rostros, los lugares y cosas que aparecen en las páginas siguientes, hay esperanza para que no muera el verdadero espíritu del cinema. Y eso, igual que la sonrisa de Audrey Hepburn, siempre llena el corazón de uno con esperanza, aunque sea sentado en completa soledad, en una sala de cine.

MIGUEL CANE
Mitómano

Plegaria del Buen Mitómano

Santa Ingrid, patrona de los cinéfilos
Ora pro nobis.

Tú que en manos de Cukor te pusiste
y a cambio un Oscar recibiste,
Ora pro nobis.

Tú que viste que Hollywood no es el infierno
aunque tampoco un paraíso maldito,
Ora pro nobis.

Tú que a Hitchcock adorabas
y un pedestal dejaste te creara,
Ora pro nobis.

Tú que a Rossellini te entregaste
y hermosos hijos le engendraste,
Ora pro nobis.

Tú que a Cary Grant besaras
y así nuestra libido iluminaras,
Ora pro nobis.

Vela nuestro sendero al entrar
en las salas oscuras del alma.

*Perdona nuestro involuntario mal gusto,
como nosotros perdonamos las secuelas idiotas.
No nos abandones en manos de ejecutivos desalmados,
directores ególatras, ni teenagers americanos.
No permitas que el cinema se disuelva, y líbranos del remake.*

Amén

A

ADAMS, BROOKE (1949)

Bellezón americano de distinguidas facciones —desciende por rama paterna de los presidentes John Adams y John Quincy Adams—, creció en un entorno privilegiado; su padre era un alto ejecutivo de la CBS, y fue amiga de infancia de **Sigourney Weaver**. Estudió teatro con Stella Adler y, tras figurar en algunos telefilmes y *soap operas*, hizo carrera en el cine; apareció con Christopher Walken en *La zona muerta* (1983), adaptación de la tremebunda novela de **Stephen King**, a la fecha uno de los filmes más bellos y terroríficamente realizados por David Cronenberg. Después, alcanzó éxito popular con la miniserie de culto *Lace* («¿Cuál de vosotras, zorras, es mi madre?»). Ahora parcialmente retirada, goza las infinitas bondades de la maternidad y del matrimonio con Tony Shalhoub (más conocido como *Monk*), con quien ocasionalmente colabora solo por gusto. Su nicho en la iconografía fílmica lo obtuvo a pulso con dos trabajos estrenados en 1978: *Días de gloria*, intrigante melodrama existencialista de ambientación rural dirigido por Terrence Malick que incluía un sórdido triángulo amoroso con unos entonces imberbes Richard Gere y Sam Shepard; y, más memorable aún, su participación en la versión de Philip Kaufman del estremecedor clásico *La invasión de los ultracuerpos*, donde, cogida de la mano de Donald Sutherland, corre despendolada y sin aliento, aterrada e insomne, por un primoroso San Francisco que, sutil e inexorablemente, se torna *siniestro*. Su interpretación permanece, al igual que ese atroz alarido delator, en la memoria colectiva; nadie que la haya oído gritar la podrá olvidar jamás.

ADJANI, ISABELLE

Isabelle Yasmine Adjani (1955)

Diva francesa de origen argelino-alemán, protagonista de treinta cintas en cuatro décadas. Fue una magnífica Adèle Hugo para **Truffaut**, hizo de Emily Brontë para Techiné, de Camille Claudel (en la cinta homónima de Bruno Nuytten), de Margarita de Valois, toda bañada en sangre —en *La Reina Margot* (1994) de Chèreau—, así como de la amiga misteriosa de **Polanski** en *El quimérico inquilino* (1976). Su más impactante trabajo escénico, como una casada infiel que tiene un amante venido literalmente de otro mundo, fue para Andrzej Zulawski en *Posesión* (1981). La peculiar cinta, mezcla de horror surrealista y culebrón doméstico con tintes de Guerra Fría, causó franco estupor y por ella, además de simultáneamente por *Cuarteto* —de James Ivory, sobre una novela de Jean Rhys, donde el maquiavélico matrimonio compuesto por **Alan Bates** y **Maggie Smith** la convierte en su *poupée* sexual en el París de la *Jazz Age*—, obtuvo el premio a mejor actriz en el festival de Cannes y su primer César (hasta hoy ostenta el récord de cinco, más que ninguna de sus compatriotas). Durante años fue pareja de Daniel Day-Lewis pero este la abandonó, preñada del hijo de ambos (Gabriel, nacido en 1995), para casarse con la hija de Arthur Miller. Su belleza turbadora es obra de genes que desafían el paso del tiempo (aunque no faltan los que especulan si no habrá hecho el proverbial pacto con el diablo, al estilo Dorian Gray).

AIMÉE, ANOUK

Françoise Sorya Dreyfus (1932)